

De cuando la razón entra en conflicto con la sensorialidad física

Los roles femenino y masculino en el marco
de la investigación antropológica

ELISABETH ROHR ♦

Desde una perspectiva de género se rastrean reacciones diferenciales de antropólogas y antropólogos en su encuentro con una cultura extranjera. A través de los testimonios derivados del trabajo de campo se reflexiona en torno a lo que parece ser una tendencia de las investigadoras: la integración más enfática de la emocionalidad a su trabajo antropológico en comparación con los varones, quienes parecen tender a excluir con más facilidad los matices afectivos, al menos de la presentación de los resultados de su investigación.

Introducción

El análisis de las condiciones del desarrollo de la identidad femenina y masculina fue un tema fundamental dentro de la investigación científico-social sobre la mujer, llevada a cabo en la década de los setenta. Este análisis comprendía el planteamiento sobre la identidad profesional de hombres y mujeres y el estudio de las biografías profesionales desde el punto de vista del género específico. A través de una restropectiva histórica se ve claramente que, con el desarrollo de la sociedad burguesa, sólo el hombre logró convertir el trabajo asala-

♦ Profesora del
Instituto de Ciencias
de la Educación.
Universidad Philipp de
Marburgo

Traducción al
Castellano
Tania Klaczko-
Ryndzium



riado en la esencia de su propia identidad. “Una identidad que fue y es necesariamente dependiente de las funciones complementarias de sustento, asistencia y apoyo emocional asignadas a las mujeres”.¹ Y, a pesar de todos los cambios ocurridos en los últimos decenios respecto a las condiciones de vida y de profesión de las mujeres, se mantienen aún diferencias sustanciales desde el punto de vista del género específico, hecho documentado por estudios recientes.² Es así que la biografía femenina está marcada por una “doble orientación” según la cual las mujeres tratan de armonizar los intereses familiares con los profesionales y no de sacrificar uno en favor del otro. Esto significa también que las mujeres buscan la manera de integrar aquellas competencias que tradicionalmente les corresponden —sustento, asistencia, apoyo emocional no solamente en su vida privada, sino también en su vida profesional.

Esto se hace visible de manera ejemplar a través de un estudio sobre la identidad profesional de cuño específicamente genérico en los y las terapeutas. Al respecto se comprobó que... la identidad masculina... es afín a organizar el trabajo terapéutico de manera más distanciada, protegiéndose así de la participación emocional y afectiva demasiado profunda... Por lo contrario, la identidad femenina es afín a organizar su rol como conductora grupal basándose en una pronunciada participación emocional y afectiva”.³

Karin Flaake se refiere a las tesis de Carol Gilligan⁴ con el siguiente comentario: “Considero que ninguna de las dos actitudes son básicamente mejores o peores para el trabajo terapéutico. Cada actitud está ligada a determinados aspectos positivos y productivos como también peligros específicos. La actitud más distanciada del conductor grupal lleva en sí el peligro de una distancia demasiado grande,

¹ Véase: Karin Flaake, 1995: Von der Schwierigkeit, beide Geschlechter zu sehen. Anmerkungen zum Sprachgebrauch in den Beiträgen zur “Gruppenanalysen”. En: Gruppenanalysen I-1995:118. También Elisabeth Beck-Gernsheim 1980: Das halbierte Leben—Männerwelt, Berul, Frauenwelt, Familie. Frankfurt.

² Véase: Karin Flaake, 1989: Berufliche Orientierungen von Lehrerinnen und Lehrern. Frankfurt. También Mohr, Wilma 1987: Frauen in der Wissenschaft. Freiburg.

³ Véase: Karin Flaake, 1989: Geschlechtsneutralität als Mythos. Der blinde Fleck in der psychoanalytischen Theoriebildung und Praxis. En: Gruppenpsychotherapie/Gruppendynamik 25, Pág.107.

⁴ Carol Gilligan, 1984: Die andere Stimme, München.

el rechazo expresado a través de justificaciones pone a distancia de los propios deseos y sentimientos considerados como peligrosos... La actitud terapéutica de la conductora grupal con una participación de base fuertemente emocional está por lo contrario ligada al peligro de una identificación demasiado profunda especialmente con sus pacientes femeninas, peligro que la psicoanalista suiza Andrea Hettlage-Varjas (1977) denomina “atolladero empático”.⁵

Al contrario que los hombres, las mujeres adoptan comúnmente también en su profesión una posición de comprensión y de apoyo, mientras que aquéllos toman más una actitud frontal y distante. Para las mujeres, el trabajo está siempre vinculado a las relaciones, mientras que los hombres crean una distancia infinita entre ambos. Por ello es común que a las mujeres se les acuse de no establecer una clara separación entre el trabajo y la vida privada, mientras se presenta como ideal la profesionalidad de los hombres que sí mantienen las distancias.

Estas diferencias respecto a la identidad profesional de cuño específicamente genérico se encuentran también con variantes en otras profesiones, como por ejemplo en el magisterio.⁶ Karin Flaake observa en esta profesión que las maestras —como tantas mujeres— tienden a negar la parte que les corresponde en el éxito profesional, considerándolo a lo sumo producto de la casualidad. Ella presume que para las mujeres es tan problemático “asumir sus deseos de alcanzar una notoria influencia pública, una posición destacada (ya que esto) supone marcar claramente las diferencias y división entre ellas. Atreverse a salir de la igualdad entre las mujeres para asumir una posición elevada puede conllevar el alcance psíquico del abandono del estilo de vida relacionado con su madre, un alejamiento de ésta en beneficio de los principios paternos, lo que puede ser sentido como problemático, prohibido y cargado de sentimientos de culpa”.⁷

Las mujeres tienden, por este motivo, a descalificarse a ellas mismas cuando se trata de su competencia y potencial profesional. Con

⁵ Véase: Karin Flaake, 1989: 107.

⁶ Ibid.

⁷ Ibid: En Rohr, Elisabeth y otros 1995: *Geschlechterbegegnungen: viele Orte-wenig Raum* Frankfurt. Pág 43.



ello esperan evitar la rivalidad y la competencia, así como protegerse al mismo tiempo de las ofensas y los ataques que corren inevitablemente junto al poder e influencia pública. Ello debilita su deseo de autoafirmación e impide que sus capacidades especiales, es decir, su trabajo y sus afectos, su sentido común y su sensualidad se relacionen entre sí, entren en acción y puedan ser utilizados como fuente cognoscitiva adicional y recibir así reconocimiento.

Estas dificultades y complicaciones quedan también de manifiesto en el ejercicio de la antropología. En mis análisis sobre el comportamiento de antropólogos y antropólogas llegué a descubrir una diferencia radical en su enfrentamiento con lo desconocido en tanto objeto cognoscitivo central de su trabajo.⁸ La pregunta a plantear es entonces en qué medida esta diferencia influye no solamente en su investigación, es decir, en su trabajo: observación, acumulación de datos y evaluación de los resultados de la investigación de campo, sino que más allá de ello, en qué medida esta diferencia se refleja también en sus resultados cognoscitivos.

No quiero dar aquí una respuesta teórica a esta pregunta, sino intentar explicarla con base en un material concreto, es decir, con base en la exposición e interpretación de algunos casos tomados de la literatura antropológica. En un primer plano se encuentran sobre todo las actas de Peggy Golde y Elenore Smith Bowen, que serán confrontadas con extractos del informe del Nigel Barley y en algunas referencias también con el informe de Bronislaw Malinowski. Quiero además señalar que mis reflexiones no apuntan a alcanzar representatividad alguna. Quizá sí pudieran servir estos pensamientos para fomentar nuevas investigaciones y servir como pequeño aporte a la comprensión de las diferencias entre el género masculino y el femenino en el mundo de la ciencia.

⁸Véase Rohr, Elisabeth, 1995: Der männliche und weibliche Blick. Die Wahrnehmung des Fremden und das Geschlecht der Forscherin und des Forschers. En: Heinemann Evelyn y Krauss, Günter (Ed): *Geschlecht und Kultur*, Nürnberg, Pág 129-174. También 1995: Die fremde Frau. Der weibliche Blick auf eine fremde Kultur. En: *Fachfrauen —Frauen im Fach* (De). Frankfurt, Pág: 265-298.

Sobre las experiencias femeninas
en una cultura desconocida con
base en el ejemplo de Peggy Golde

Las escenas aquí expuestas provienen de un informe sobre las experiencias de Peggy Golde, antropóloga estadounidense que en el año 1959 realizó investigaciones en México y escribió un artículo al respecto titulado “Odyssey of Encounter” (La odisea del encuentro).⁹

Sobre sus primeras experiencias de campo ella escribe: “Los primeros días me sentí igual que una prisionera que sufre un traslado disciplinario hacia un lugar en medio del desierto. La sensación de no poder escapar o de ser rescatada se vio acrecentada por un apremiante y constante discernimiento sobre lo perecedero de la vida. Observé cómo enfermos aceptaban la proximidad de la muerte ya que ningún médico había llegado nunca a ese pueblo, y parecía imposible pensar siquiera en transportar a un enfermo de urgencia ladera abajo, solamente para esperar el paso de un ómnibus que lo trasladara a la ciudad para llevarlo al médico.... A pesar que mi preocupación respecto a una repentina enfermedad fue disminuyendo, se mantuvo, sí, la conciencia de aislamiento en el sentido de opresión, así como la sensación de un acoso proveniente del pueblo. El estar rodeada día a día por los mismos rostros despertó en mí la imperiosa necesidad de lo distinto. Añoraba el anonimato y poder caminar sin ser observada, sin que cada actitud fuera cuestionada u objeto de ávidas habladurías. Recuerdo una etapa en que yo iba a la iglesia para poder llorar, siendo consciente que, de ser descubierta, mis lagrimas no llamarían la atención, ya que muchas mujeres lloraban en la iglesia mientras rezaban....

A pesar de todas las pequeñas y grandes frustraciones, de todas las etapas depresivas, de pánico y soledad, que no fueron pocas, y a pesar de todas las irritaciones y de mi propia sensibilidad —puedo igualmente rememorar mi estadía en el pueblo como uno de los perío-

⁹ Peggy Golde, 1986: *Odyssey of Encounter*. En: Peggy Golde (Ed): *Women in the Field. Anthropological Experiences*. Berkeley, Los Angeles, London., Pág. 67-96.



dos que más colmaron, de los más interesantes, vitales e intensivos de mi vida. Tuve cada día la sensación de aprender algo de máxima importancia. Un convencimiento (creencia), una palabra, una corta información, una reacción, eran cual fragmentos coloridos a colocar en el mosaico que yo estaba armando sobre la vida del pueblo. Si les doy a mis esfuerzos un aspecto romántico y los comparo con un navegante en un barco velero que navega por mares desconocidos sin alcanzar nuevos territorios, debo —siendo fiel a la verdad— reconocer que me deleita ese inexplicable encanto de haber sido la primera en haber desembarcado en ellos. Y de la misma manera haber resistido, haber padecido y superado una serie de desafíos, y no solamente haberlos soportados, sino también haber encontrado la risa, el cariño y el reconocimiento —lo que en su conjunto hace de la investigación de campo una experiencia única en relación a su efecto (impacto) y a su resultado: una conciencia de sí extendida, un cercioramiento profundo de la propia identidad y una ganancia intelectual concreta.¹⁰ Y agrega posteriormente: “Yo entendí la investigación de campo como una especie de prueba de fuego que ha de determinar mi posible aceptación en el mundo profesional”.¹¹

Peggy Golde describe su trabajo con lo desconocido en primera instancia como una experiencia límite de soledad y abandono. Ella se siente como una prisionera que sufre un traslado disciplinario en medio del desierto, como una investigadora que navega en mares desconocidos sin alcanzar nuevos territorios. Describe la investigación de campo como una prueba de fuego que ella debe resistir para ser aceptada en el mundo académico. En estas imágenes llama la atención sobre todo la pasividad, incluso allí donde ella se ve como investigadora navegando en mares desconocidos, ya que también allí predomina la impresión de un arbitrio total, de encontrarse en única y absoluta dependencia de sus propias fuerzas, una imagen de soledad total.

No se presenta la imagen de una mujer fuerte y temeraria, sino que se despliega sobre todo un sentimiento de desaliento y desespe-

¹⁰ *Ibid.*: 90.

¹¹ *Ibid.*: 92.

ración. El limitado horizonte del pueblo, la rutina diaria constante y la escasez de intimidad se convierten en una prisión que la aísla y no le transmite otra cosa que aburrimiento y la sensación de una opresión casi insoportable.

En un principio experimenta por ello el viaje hacia lo desconocido no como una liberación, sino por lo contrario, como un encadenamiento y una reducción de sí misma. Aparentemente ha perdido todas las libertades, se siente permanentemente observada y controlada como si el pueblo le fuera hostil. Y como si ello no fuera suficiente, a estas imágenes de total soledad, abandono y encadenamiento se les suman angustias mortales. A su alrededor la muerte es agudamente rápida, ella experimenta que ya la más simple enfermedad puede significar el fin, porque solamente con un esfuerzo extraordinario es posible obtener asistencia médica en la lejana ciudad. También ella vive bajo esas condiciones y también para ella cuenta el que la más mínima enfermedad puede provocar la muerte. A veces este miedo llega a convertirse en pánico y entonces busca asilo en la iglesia, donde no solamente puede dejar correr sus lágrimas, sino donde también encuentra un refugio por todos respetado. Evidentemente, sólo sus lágrimas y su tristeza le quedan como propiedad privada, todo el resto fue tomado en posesión por el pueblo.

Experimenta lo desconocido como hostil y amenazante, como aplastante, absorbente y agresivo. En esa situación busca asilo en la iglesia, no por ser religiosa, sino porque allí se ofrece un refugio en el que puede desahogar su abandono y tristeza —sin que los habitantes del pueblo puedan despojarla enseguida de estos sentimientos e intimar demasiado con ella. Se consuela a sí misma porque no hay nadie que lo haga y se convierte así en madre de sí misma, una madre que le falta.

Mas a pesar de que sus imágenes de soledad y abandono alcanzan en su tristeza grados casi abrumantes, ella subraya que ese período representa una de las épocas más interesantes, vitales e intensas de su vida, una época en la que también se sintió colmada y sastifecha. Hecho que en primera instancia sorprende y aparenta no conjugar con sus imágenes de soledad y abandono. Pero suena, sí, digno de cré-



dito cuando, en otro momento en resumen, comprueba que justamente de la especial intensidad de estos sentimientos es que se desarrollaron la satisfacción, la vitalidad, el interés y el rendimiento. Gratificante para ella fue el haber podido a posteriori reconocer que logró no solamente sufrir, soportar y definitivamente superar ese desafío, sino también paralelamente a ello haber llegado a conquistar la risa, el afecto y a alcanzar conocimientos científicos. Ella vivió de esa manera el sufrimiento como elemento integral quizás necesario, pero seguramente importante de su proceso de maduración y de la adquisición de conocimientos.

En esta descripción de su otrora sufrida soledad y tristeza sorprende por cierto el sentido común con el que ella rememora una época que le exigió tanto sin dejar entrever siquiera algo de enojo. Casi irritante resulta su actitud racional para extraer ganancias de una soledad sufrida con dolor, ganancias en sentido psíquico e intelectual. Su manera de racionalizar es aquí casi comparable a la confesión de una niña precozmente adulta, que hace de sus sufrimientos una virtud, olvidando así la añoranza de protección en épocas de abandono. No se percibe ninguna desilusión, ningún sentimiento de amargura, ninguna ira, solamente una explicación puramente racional y positiva de una vivencia dolorosa. A través de este acto racional hace casi desaparecer su antaño sufrimiento. Es decir, que no solamente se vuelve su propia madre bondadosa y que brinda consuelo, sino que transfigura también posteriormente ese doloroso proceso de maduración otorgándole un sentido nuevo.

Se torna así manifiesta una tendencia a idealizar y racionalizar las experiencias de sufrimiento e impotencia, manifestándose también su capacidad de encontrar un lugar para desplegar su tristeza, autoconsolarse y no perder el ánimo e inclusive descubrir su dolorosa experiencia como fuente cognoscitiva.

Esa tendencia a idealizar y racionalizar las experiencias dolorosas y su capacidad de autoconsolarse se presenta con especial claridad en la descripción de una situación a un hecho ingrato ocurrido cuando ella ya llevaba algún tiempo en el pueblo:

“El acercamiento significaba tanto peligros como satisfacciones, pero en un caso concreto valoré erradamente la medida de la relación y sus posibles consecuencias. Un hombre viudo que me ayudó a traducir un diccionario del castellano al ‘mexicano’ me contó sobre extraños sueños en los que yo cumplía un rol de importancia. Si bien yo registré esto en mi memoria no me sentí especialmente inquieta por el hecho. Una noche, cuando todos ya estaban durmiendo, desperté por el ruido que provocaba un hombre que expresaba a gritos obscenas fantasías sexuales y que sacudiendo los maderos de mi casa, trataba de entrar por la fuerza. Yo pedí al matrimonio de ancianos que dormían en la cama contigua, que se levantaran y vieran qué estaba ocurriendo. La anciana, que evidentemente ya estaba despierta, se levantó y enfrentó al intruso, quien resultó ser mi antiguo ayudante de traducción; ella le gritó obligándolo a regresar a su casa. Al día siguiente él vino y me dijo que, según sus amigos, había llegado a mi casa en estado de ebriedad, hecho que él negaba recordar, y por ello quería saber qué cosas había dicho. Él se mostró muy avergonzado y arrepentido, bajando la cabeza ante los rezongos de la anciana que estaba aparentemente furiosa por los destrozos que él había provocado y porque intentó entrar por la fuerza. Ésta fue la única actitud impropia de su parte o de otros experimentada durante mi estadía en el pueblo; actitud que me causó miedo no en realidad por mi propia seguridad, sino sobre todo por las posibles consecuencias mediatas a raíz de una gran discrepancia entre, por un lado, un comportamiento exterior controlado y, por otro, los deseos y necesidades íntimas. Aunque nunca se hizo referencia alguna a este altercado, sospecho que esto acentuó en los habitantes del pueblo su convencimiento sobre que una cosa trae la otra. (Por suerte este hombre volvió a casarse mientras yo vivía aún en el pueblo y me gustaría creer que nuestra amistad le entregó suficiente autoseguridad y prestigio como para superar su sentimiento de inferioridad surgido de una apariencia poco atractiva y lograr así conquistar a una mujer)”.¹²

También aquí encuentra Peggy Golde escenas amenazantes para describir su temor: Cuando ella cuenta que este hombre produjo daños en la casa donde ella vive es como si quisiera explicarnos que con su ataque también le hizo daño a ella. Con su agresión, él logró una peligrosa cercanía física, siendo su intención muy clara. Si hubiera

¹² Ibid:84.



logrado penetrar en la casa hubiera intentado seguramente violarla. Pero no llegó a ello porque la anciana lo echó.

Su miedo no procede solamente de una posible violación física, sino también de su experiencia respecto a una negación. Ya que ese hombre que la ayudó en las traducciones le contó una vez sobre sus sueños, en los que ella ocupaba un papel de importancia. Si bien ella lo registró, no se preocupó más sobre el hecho. Entonces se produjo el altercado que la amedrentó y desconcertó, teniendo que reconocer que puede existir una considerable discrepancia entre el comportamiento controlado y los deseos íntimos. Ella no había querido reconocer que ese hombre vivió en realidad el trabajo conjunto como una seducción, y que él buscó trabajar con ella llevado por no otra motivación que la erótica o sexual. En su fervor por la investigación, ella cerró los ojos ante el hecho real que el trabajo de una investigadora con un hombre pondría inevitablemente sobre el tapete el tema de la sexualidad.

A partir de este altercado la situación ya no es la misma. Ahora se ve confrontada con el hecho de que no puede penetrar con su mirada en el alma de las personas y solamente a través de su comportamiento es posible deducir lo que ellas sienten. Es decir, que este altercado le demostró no solamente a ella, sino también a todos los demás, su propia vulnerabilidad y especialmente su femineidad, lo que a mi entender es el principal motivo de su miedo.

Este altercado cambia su relación para con ese medio que le es ajeno. Ya que como mujer vive lo desconocido como una amenazante violación y deduce de ello que su femineidad es evidentemente la fuente de todos los peligros. Un peligro que amenaza también su investigación. Por último experimenta durante este altercado nocturno que ella, normalmente tan enérgica e intrépida, queda paralizada de miedo y debe dejarle a la anciana la acción de repeler al agresor. El susto sufrido le caló evidentemente hasta los huesos de manera tal que, incluso más tarde, fue incapaz de sentir furia, furia expresada casi representativamente por la anciana, mientras que ella misma solamente se encuentra llena de sentimientos de culpa, como si no fuese ella el objeto del ataque, sino corresponsable del mismo.

Es evidente que su imaginación la lleva a creer que, al ofrecerle al hombre trabajar con ella, inconscientemente lo sedujo, sin tomar luego con la suficiente seriedad las señales que le dirigió. ¿Es que lo perdona tan rápidamente y se sumerge tan de improviso en el rol de una amiga madre-protectora, para distraer la atención propia y de los demás de su (aparente) culpa?

Sin darse cuenta se idealiza a sí misma e infantiliza al hombre en su imaginación cuando escribe que su amistad con ese hombre lleno de complejos de inferioridad lo llevó quizás a madurar de tal manera que logró después conquistar a una mujer y casarse con ella. Como si quisiera consolarse a sí misma y tranquilizarse con la idea del ya inexistente peligro, dado que toda la sexualidad flotante, es decir, todos los instintos están bajo control o desaparecieron.

Aquí se evidencia un delirio de grandeza que, por un lado, sirve para infantilizar y con ello neutralizar al hombre por un momento peligroso y paralelamente ofrecerse a sí misma un papel idealizado de amiga sin segunda intención. A través de esta imaginada amiga maternal-nutriente y generosa desaparecen tanto su propia agresión y sexualidad como también definitivamente la agresión sexual del hombre.

El deseo sexual está evidentemente mal visto en la investigación, el que por inmoral es borrado del texto y de su imaginación. Ya que solamente quedan una amiga de gran corazón y un hombre infantilizado que satisface su sexualidad de otra manera, es decir, dentro del marco legítimo de un matrimonio convencional.

Antes el descubrimiento de su propia vulnerabilidad como mujer y ante el carácter impulsivo de sus relaciones en el marco de la investigación —que siente molestas—, ella reacciona sobre todo con estrategias asexuales y restando potencia sexual en este proceso, tanto a sí misma como al hombre, al que además infantiliza.

Esa tendencia a asexualizar e infantilizar aparece también en otras situaciones.

Directamente a continuación de la descripción del ataque nocturno, ella relata que, al comienzo de su estadía, muchos jóvenes y hombres en edad de casarse o ya casados se reunían regularmente por las



noches en su casa y en el patio, habiendo sido finalmente echados por el arrendatario. “El que esto era considerado como indecente en relación a una mujer joven lo llegué a descubrir después que ellos dejaron de llegar”.¹³

También en esta situación asombra su inocencia y ceguera respecto a las reuniones nocturnas de hombres jóvenes en su casa, en cuanto niega tanto lo tentador de la situación como lo fascinante de la misma, hecho que debería haber sido sentido durante las reuniones por esos hombres, como también y con seguridad por ella misma.

De aquí resulta una contradicción extraña, ya que por un lado ella pone en juego, calculada pero inconscientemente su femineidad, para rodearse de hombres por las noches, alejándose al mismo tiempo de esta manera de las mujeres del pueblo, las que no participan aun cuando sean sus maridos los que acuden a esas reuniones. En su inocencia e ingenuidad se expresa una agresividad masiva frente a las mujeres, agresividad que en definitiva se dirige también contra su propia femineidad, por ella totalmente negada.

Esa tendencia a la negación se muestra también en otra situación inmediatamente contigua a la anterior:

“Este aislamiento nocturno obligado me llevó a buscar contactos a pesar que yo sabía que eso no era bien visto, y empecé a vagar por el pueblo con mi linterna; observaba a los jóvenes y hombres en sus juegos, fui a la plaza para conversar, contar historias, hacer preguntas y beber cerveza con los hombres que allí se encontraban”.¹⁴

En esta situación ella va más allá aún, ya no se trata solamente de una simple negación de su sexualidad, sino que parece que se escondiera en el rol de un hombre y se masculinizara dentro del mismo medio masculino abandonando su propia femineidad. Se convierte en un compinche más y con ello en un miembro más de la sociedad masculina, rompiendo así la influencia de las limitaciones que regulan y controlan su conducta como mujer en esta sociedad.

¹³ Ibid: 85.

¹⁴ Ibid.

Pero a pesar de todos sus intentos de erradicar del contexto de su investigación todo lo sexual, los hombres logran constantemente romper con la asexualidad que ella les impone. “A veces llegaba un hombre o un joven a mi casa en busca de medicinas o pidiendo que les escribiera una carta, o bien llegaban para simplemente conversar conmigo. Si el mismo hombre llegaba una o dos veces más sin un motivo claro, yo preveía lo que a la corta o a la larga sucedería, pero utilizaba igualmente su presencia y disponibilidad para conversar, hasta el momento en que el verdadero motivo oculto quedara claro y yo debía rechazar todos los intentos de intimar. Como yo conocía muy bien las reacciones generales de los hombres frente a un rechazo y una denigración, temía perder su bondad y su compañía. Me asombraba el experimentar que su invitación llegaba comúnmente en forma vacilante e indirecta, de modo que yo podía aducir no haber entendido y él podía hacer como si en realidad no hubiera dicho nada, quedando así protegidos nuestros respectivos sentimientos.¹⁵

A diferencia de la situación con aquel hombre que le contó sus sueños, a los que ella negó toda connotación erótica, y el interés por él demostrado llevando a que una noche él intentara violarla, ahora está alerta y utiliza conscientemente toda oportunidad para sus propios intereses de investigación. Entretanto está preparada para cada intento de acercamiento y encuentra, junto con el joven, un camino para mantener su integridad y evitar una humillación. Ambos acuerdan negar el intento de acercamiento y hacer como si él no hubiera dicho nada.

El deseo queda sujeto a una decidida amnesia, de manera tal que no surgen ni vergüenza ni humillación, el honor y el prestigio, como también sus intereses de investigación, quedan protegidos.

Mas a pesar que en una primera instancia pareciera que fueran los hombres quienes buscan acercársele, después de una observación más minuciosa queda claro que, desde un principio, ella no rechaza ni impide esos intentos de acercamiento, sino que por lo contrario, los fomenta sutilmente.

¹⁵ Ibid.

Por cierto, los motivos de ambos se diferencian considerablemente. Su deseo —según ella lo afirma— se dirige a la historias que los hombres le cuentan, es decir, a su capacidad informativa. Ella utiliza el deseo erótico de los habitantes masculinos del pueblo para satisfacer sus propios intereses de investigación, no siendo de ninguna manera solamente objeto del deseo masculino, sino también sujeto astuto de sus propios intereses cognoscitivos. Ambas partes ganan en este juego, los hombres encuentran en ella una mujer atractiva que los provoca en sus deseos y fantasías sexuales, la cortejan y ponen a prueba sus propias capacidades de seducción. Ella acepta las visitas masculinas para escapar de su soledad y definitivamente para calmar su propia sed de investigación y, quién sabe, quizás para encontrar también de esta manera furtiva una confirmación a su femineidad negada.

Como mujer que investiga en una cultura desconocida le quedan así solamente dos posibilidades para realizar sus deseos de investigación: o bien elige su masculinización en tanto compinche, o bien pone en juego sus estrategias femeninas y las instrumentaliza para los fines de seducción e investigación.

En ambos casos parece que la femineidad y los intereses de investigación, es decir, la femineidad y el conocimiento se excluyen.

Por esto es que ella cree tener que separar su propia identidad femenina del trabajo de investigación o en realidad solamente poder utilizarla estratégicamente. En este sentido llama la atención su agresividad oculta aunque muy marcada respecto a todo lo femenino, que tiene seguramente un doble origen: por un lado descubrió que la femineidad la hace muy vulnerable lo que, al igual que el papel tradicional de la mujer, la limita y ata en su libertad de movimiento. Por otro lado, sospecho en su agresividad contra las mujeres del pueblo y definitivamente contra sí misma, una ira que surge de su soledad y su abandono. Le falta una amiga o una protectora figura maternal, por ello busca refugio en una fantaseada idea de ser ella misma una amiga buena, consoladora y maternal para ella y para los demás, pudiendo así vivir su femineidad solamente a escondidas, como si esto fuera algo prohibido. ¿Se desquita quizás frente a las

mujeres del pueblo y les roba sus maridos porque éstas viven una sexualidad que ella misma tiene prohibida?

En su enfrentamiento con lo desconocido, Peggy Golde coloca en primer plano una estrategia dominante: la infantilización y la anulación parcial de la sexualidad del objeto a investigar y la masculinización y asexuamiento primario de su propia persona. Como si ella estuviera convencida, en su fuero interno, que la investigación y la femineidad, el sexo y el conocimiento se excluyeran mutuamente y no fuera posible unificarlos.

Ahora bien, sería posible objetar que Peggy Golde es una excepción que por motivo de una disposición patológica puede reaccionar así y no de otra manera. Pero el hecho que los conocimientos obtenidos de la interpretación de su informe no son de ninguna manera de naturaleza singular, es posible corroborarlo en función de una interpretación comparada con las experiencias de investigación de otra etnóloga estadounidense.

Nos referimos aquí a Laura Bohannan y su novela etnológica — autobiográfica “Return to Laughter”, que ella publicó bajo el seudónimo de Elenore Smith Bowen en el año 1964.¹⁶ En este libro ella describe sus experiencias con el pueblo Tiv en Nigeria, donde ella vivió e investigó durante los años 1949-1953.¹⁷

Las experiencias de
Elenore Smith Bowen

Ella cuenta detalladamente cómo, después de un viaje largo y escabroso, llega por fin al pueblo Tiv y siente una gran ansiedad de poder comenzar con su investigación. Pero su obstinado intento de tomar contacto con la gente, en contra de las indicaciones del cacique, provocó una extralimitación no prevista y degeneró en una verdadera histeria masiva.

¹⁶ Publicada en alemán en el año 1987 bajo el título: Rückkehr zum Lachen. Reinsbeck.

¹⁷ Sobre su investigación publicó un estudio etnológico titulado: The Tiv of Central Nigeria. London, 1953. Laura Bohannan es una de las más renombradas antropólogas estadounidenses.



Llena de una impaciente curiosidad, creyó un día tener la posibilidad de crear contactos con la gente cuando, en un día de feria, un constante fluir de visitantes pasaba delante de su finca. Con gran expectativa se apostó en su mirador. Pero cuán furiosa se puso cuando descubrió que el vigilante, delegado para su propia seguridad, intentaba impedir entrar a su patio a una mujer curiosa. “Yo salté, le grité al hombre y con enojo lo detuve, saludé a la mujer y le sonreí”... Otra mujer nos miraba, también ella hizo un gesto de querer entrar. Otra vez el hombre hizo el intento de echarla. Yo protesté a través del cocinero, quien se negó a traducir... Yo estaba furiosa: Kako (el cacique, E.R.) quería impedirme conocer gente. Precipitadamente y enojada declaré que cada persona que me quisiera visitar estaba gratamente invitada; yo había venido hasta aquí para encontrar y conocer gente, por ello tenía también la intención de hablar con cada persona que me quisiera saludar”.¹⁸ E inmediatamente tomó su silla y se sentó en medio del camino que llevaba a la feria. No pasó mucho tiempo y se vio rodeada por visitantes de la feria que la observaban curiosamente, pero con los que no podía comunicarse por desconocimiento del idioma. Un enjambre de gente la cercó inmediatamente y se movía a su paso al igual que una ameba, “corría a su lado como río desbordado”. Se le acercaban cada vez más, cada uno intentaba tocar su cabello rubio, su piel blanca, sus vestidos. “Yo no lograba ver más allá de sus estrechamente apretados y sudorosos cuerpos. Un grupo de jóvenes ebrios se abría paso a codazos hacia mí. Sacaban cosas de las calabazas de las mujeres para tirármelas, vociferaban hasta que me dolieron los oídos por el ruido.... El ruido, el hedor caliente de los cuerpos excitados me azotaba”.

Una valiente mujer joven la salvó de la masa humana.

En la descripción de esta escena se ven claramente no sólo el miedo y la tentación, sino también toda la magnitud de su impotencia. Incluso en las imágenes que la acosan mientras escribe se mantienen constantes su desamparo y su confusión. Ella habla de microorganismos corporalmente amorfos, de una ameba, para describir su senti-

¹⁸ Ibid:1987:51.

miento de miedo, de impotencia y de inferioridad corporal, habla de aguas desbordadas cuando busca describir su sensación de estar invadida, de falta de contorno y perfil.

En Elenore Smith Bowen sorprende que el motivo real de su investigación queda en primera instancia absolutamente relegado a un segundo plano, es más, desaparece totalmente detrás de los deseos de relación aparentemente arcaicos pero también teñidos de agresividad.¹⁹

Aun cuando el encuentro con desconocidos sólo en muy raras ocasiones tome caracteres tan dramáticos, es posible sacar algunas deducciones de este ejemplo sobre el trato femenino con lo desconocido. Para Smith Bowen fue de central importancia entablar relaciones, tomar contacto, hablar con la gente. Y esas relaciones eran para ella parte de su trabajo, parte de su investigación. Es por ello comprensible que esa fusión simbiótica con lo desconocido no fuera absolutamente en primera instancia vivida como un peligro, todo lo contrario, ella hace todo lo posible por crearla. Las limitaciones tienen lugar sólo cuando se pierden los límites que ponen en peligro incluso los últimos vestigios de la autonomía existente.

De esta manera, Elenore Smith Bowen abandona sus deseos de relación recién cuando se desborda sobre ella un ambiente de fuerte carácter sexualizado y agresivo que amenaza sepultarla bajo suyo.

La experiencia con lo desconocido será para ella —como para Peggy Golde— una vivencia de violación. Y de la misma manera que aquélla —presa de su impotencia— se deja proteger por una mujer. Pero ella experimenta también que sus deseos de relación con la sociedad desconocida son malentendidos y puede llegar a convertirse, sin querer, en un objeto de ataques sexuales agresivos perdiendo entonces su estatus como sujeto.

Esta problemática fue tratada por Jessica Benjamin²⁰ en sus reflexiones sobre la construcción de la personalidad femenina, cuando destaca que el oscilar entre los estatus de sujeto y objeto denotan una

¹⁹ La convención y etiqueta que reglamentan el comportamiento colectivo respecto al trato para con los demás las siente únicamente como cadenas, que ella intenta romper rebelándose con la fuerza de sus deseos de relación.

²⁰ Jessica Benjamin, 1990: *Die Fesseln der Liebe, Psychoanalyse, Feminismus und das Problem der Macht*, Frankfurt.



fractura en la formación de la identidad femenina.²¹ Porque ya la niña pequeña experimenta, en su relación con el padre, que éste malentende sus síntomas infantiles de deseo sexual: cuando reacciona tomándola sólo como objeto y no como sujeto de sus propios deseos femeninos, él le ofrece una seducción en lugar de una identificación.²² Este malentendido de tanta gravedad para la niña y la inseguridad resultante llevan a que —según Benjamin— en situación de conflicto, las mujeres tiendan a hacer una regresión a un papel infantil de estatus del sujeto al estatus de objeto y así desdeñar totalmente sus propios deseos de relación: ellas “renuncian (...) a su derecho de tener deseos propios”.²³

En la investigación se repite una situación similar. La sociedad desconocida reacciona aquí también con un malentendido como otrora el padre al deseo de la hija, de modo que ella experimenta la toma de contacto como la seducción femenina de una sexualidad y al mismo tiempo como un tabú.

El deseo de contacto por parte de la investigadora se malentende como provocación sexual y se responde con agresividad —al igual que en un abuso sexual. La investigadora se convierte sin querer en objeto del deseo sexual, quedando como única salida el amparo en los brazos de una mujer. Las dos investigadoras toman realmente su femineidad como fuente de peligro y reaccionan ante esta experiencia con una estrategia de asexualidad que las protege y asegura al mismo tiempo sus intereses de investigación.

Durante los dos años de estadía que lleva su investigación, Smith Bowen entra continuamente en conflicto por su curiosidad y sus deseos de contacto. Y lucha por obtenerlo todo: Datos para la investigación y amistades, autonomía y conocimientos científicos de carácter extraordinario, relaciones y una gloriosa carrera como investigadora. Es decir, que trata obstinadamente de establecer un acuerdo entre el trabajo y el afecto, el sexo y el conocimiento.

21 Ibid :106.

22 Ibid:108.

23 Ibid.

El conflicto resultante lo describe de manera especialmente enfática en el relato de una situación ocurrida cuando fue invitada a un casamiento. Todo empezó cuando el ritmo de la música la sacó de sus márgenes: “Por último se unió el tamborilero de Udama con una voz acompañante de ritmo tan arrebatador que incluso mis músculos empezaron a vibrar”.²⁴ Ella siguió a los hombres y mujeres que llevaban bailando a la novia hacia la choza de su suegra e intentó entrar también en la choza como todas las invitadas femeninas. Pero Udama, la suegra, le impidió el paso: “Tú debes decidir, le dijo en voz alta para que todos pudieran oírlo, si quieres ser una invitada especial o una de las competentes mujeres del cortejo. Si tú eres invitada especial, traeremos otra vez a la novia para que puedas verla. Si eres una de las nuestras, puedes entrar, pero entonces debes bailar con nosotras”.²⁵ En un primer momento se encuentra desvalida a merced del dilema. Y escribe: “Yo deseaba ser aceptada, mas entendía por ello algo totalmente distinto: quería tener el privilegio de poder seguir mi propio camino aun gozando de toda su confianza”.²⁶ Ella fue advertida de que no podía pretender obtener al mismo tiempo el privilegio del invitado —de poder hacer de alguna manera lo que le place— y el privilegio del miembro de familia —de poder participar de lo que ocurre en la intimidad—. Después de vacilar un poco se decidió por la pertenencia a la familia y entró en la choza. Pero esa decisión tuvo consecuencias imprevisibles: no se le dio ninguna oportunidad de poder ver a la novia. “Udama y las otras mujeres de rango comenzaron inmediatamente con la enseñanza del baile: mis manos y piernas debían mantener el ritmo del gong, mis caderas debían mantener el ritmo del primer tambor, mi espalda y mis hombros el ritmo del segundo tambor. De querer bailar, debía concentrarme en la música y en mis músculos, pero mientras bailaban mi conciencia etnológica me reprochaba estar dejando escapar algo: Siguiendo el dictado de mi conciencia me disloqué el cuello para observar a las mujeres jóvenes que cubrían de adornos a la novia. Cada vez que

24 Eleonora Simith Bowen:163.

25 Ibid:164.

26 Ibid.



echaba una mirada mis pies tomaban un ritmo de trote distraído y las mujeres ancianas me golpeaban indignadas en las costillas: “¡Baila! Kako y todos los otros que estaban afuera se turnaban para mirar dentro de la choza y sonreír ante mis esfuerzos”.²⁷

Elenore Smith Bowen forcejea para lograr mantener en pie su papel de investigadora, el que desaparece bajo el remolino del baile seductor y sensual. Entregarse a la sensualidad del baile significa perder por momentos su identidad de investigadora. Sólo su disposición a acceder al ofrecimiento de entablar relaciones y comunicación por parte de los habitantes del pueblo le trae un acercamiento real y —como lo describe a continuación— también comprensión y cognición...

La escena continúa: “Después de una hora me ordenaron: ‘¡Canta! Todos los demás cantan’. Mi voz sonaba insegura ante la melodía y no logré entonar con las demás voces, las que no estaban formadas por una enseñanza armónica. Mi conciencia estaba ansiosa. Yo había perdido de vista a la novia. Mientras me enseñaba a cantar, Udama modulaba las palabras más claramente y yo pude comprender algunas de la estrofas de sus canciones de boda. Mis pies perdieron el ritmo cuando yo reflexionaba sobre una posible traducción de las canciones, las que, de ser transferidas a un inglés igualmente popular, no podrían ser de ninguna manera publicadas. Alguien me hincó un dedo entre mis costillas.

Con nuevas fuerzas me concentré en mis pies. Udama me indicó no bailar más. Ahora les tocaba el turno a los solistas. Mientras observaba al joven que llevaba una vara y a la mujer que bailaba frente a él, decidí que los versos no eran publicables a menos que yo mejorara mis conocimientos de latín. Entonces el pequeño Unfall, que bailaba con gusto y era excelente actor, requirió la atención de todos con una corta información: ‘¡Cuando yo sea grande...!’” y comenzó a bailar. En realidad para ser un niño... En la choza se desplegó una hilaridad obscena. No, no eran en absoluto posibles de publicar”.²⁸

²⁷ Ibid:163.

²⁸ Ibid:165.

En estas escenas, Elenore Smith Bowen se introduce en la vivencia sensual de la fiesta, baila y canta y su cuerpo despierta a la vida. Y es muy raro que en medio de ese dejarse llevar, alegre, relajado, entienda también las estrofas que, de no haber sido llevada a cantar, no hubiera entendido ni quizás siquiera oído. Logra vivenciar además aspectos del pueblo Tiv que le hubieran quedado completamente ocultos si se hubiese quedado fuera de la choza como correspondería a su papel de investigadora y visitante. De esta manera se le abre una sociedad llena de un erotismo ardiente, que ella resume con las palabras: “En esa sociedad y en esa ocasión no existía ninguna obscenidad en el baile o el canto, solamente la representación vital de una alegría de vivir disfrutada con sinceridad”.²⁹

Ella experimenta que, como mujer y como investigadora, entra inevitablemente en conflicto, ya que la razón lucha con la sensualidad corporal y el espíritu científico con las necesidades del alma. Pero este conflicto se resuelve en el momento que ella no insiste en la separación absoluta de la razón y la sensorialidad. La razón se presenta —inesperadamente— casi por sí misma mientras baila y canta. Algo muy similar le sucedió a Peggy Golde, quien por último descubrió en los incansables intentos de acercamiento y conquista por parte de los hombres del pueblo una fuente de la desconfianza colectiva, desconfianza que envenena las relaciones sexuales en esa cultura indígena. Ella escribe: “A través de esa experiencia se abrió ante mí todo un aspecto de la cultura y empecé a comprender cómo la desconfianza se infiltra en las relaciones de pareja. La joven no puede sentirse nunca segura de ser el único objeto de amor de su pretendiente, como tampoco puede estar segura de la naturaleza de sus propósitos para con ella, por eso tiende, para su seguridad, a atraer la atención de más de un pretendiente. El pretendiente, por su lado, en la inseguridad de ser aceptado, trata también de cortejar a más de una mujer”.³⁰

²⁹ Ibid.

³⁰ Peggy Golde: 87.



A pesar de que ambas investigadoras llegan inesperadamente a la misma conclusión, que la división entre la ciencia racional-cognoscitiva y la comprensión sensorial es improductiva y provoca un conflicto irreal, y ambas experimentan que la cognición sucede también y justamente a través de experiencias sensoriales, esto no las conduce hacia una crítica fundamental del conocimiento científico-experimental tradicional. Esta experiencia aparenta ser para ambas de central importancia, y a la vez tan pasajera y de tan poca consistencia, que en sus investigaciones posteriores no le prestan más atención y no es utilizada sistemáticamente. Ambas dejan de lado, en el desarrollo de sus correspondientes investigaciones, esta forma específicamente femenina de aprendizaje, sin problematizarla más y negando así sus competencias femeninas especiales y con ello su femineidad.

De esta manera se implantan las antiguas estructuras conflictivas. Esto es posible de volver a demostrar con el ejemplo de Elenore Smith Bowen, ya que al final de su investigación ella llega con el pueblo Tiv a un compromiso que aseguraba su papel de investigadora pero exigía al mismo tiempo un precio muy alto.

Sobre el fin de su investigación se desató en el pueblo en el que ella vivía una fobia contra las brujas, de la que tampoco ella, a pesar de todo su apaciguamiento racional, pudo mantenerse al margen. Como todos los otros, temía ella también los gritos nocturnos de las lechuzas, mensajeras de las brujas, las que acechaban por doquier, también desde los árboles de su finca. Recordó un día los dispositivos que preparaba su madre para ahuyentar a los pájaros de su jardín. Como si fuera una acción ritual, colgó de los árboles que estaban delante de su choza latas de conserva brillantes en las que hizo rajaduras en forma de cruz. Esto surtió efecto y fue así que se convirtió con ello en jefa de las sabias brujas, con tanto poder como Kako, el caudillo de los Tiv.

En la identificación con su madre, Smith Bowen recupera la autonomía y poder, perdidos durante la crisis de las brujas. Ella se convierte en madre: Kako, el caudillo, declara ante su enemiga después de superada la crisis de las brujas: “Tú y yo, nosotros, les enseñamos mucho. Ella tiene un corazón demasiado grande como para temerse

a sí misma. Solamente cuando sus hijos tuvieron miedo (...) colgó eso que protege".³¹

De pronto aparece el pueblo Tiv en el papel de hijos y la investigadora como madre protectora y jefa de las brujas sabias. En las palabras del caudillo se refleja no solamente el orgullo respecto al exitoso proyecto de enseñanza, sino también orgullo respecto a la exitosa incorporación a la comunidad étnica de una mujer tan poderosa y sabia.

Todos parecen estar sumamente conformes con esta transformación. El caudillo porque se honra de ser el padre de su sabiduría, Elenore Smith Bowen porque con ese golpe maestro ganó un nuevo y por todos respetado estatus como madre y hechicera, y los habitantes del pueblo porque en su papel de hijos a proteger sacan beneficio del poder de la investigadora, poder hasta el momento oculto.

Mas con esa nueva adaptación investigadora, formada según el modelo de una relación madre-hijo, se pierde algo fundamental: lo sexual, tanto en la investigadora misma como también en su relación con la comunidad étnica. En esta nueva constelación, ni el poder recién alcanzado ni la sexualidad neutralizada de la investigadora aparecen como peligrosas, ya que ella está obligada a actuar como protectora y su sexualidad en tanto madre es convertida en tabú.

Presumo que ese escape en el rol de madre aparece así como una estrategia de defensa a largo plazo, con lo que, al igual que en Peggy Golde, el resultado es una pérdida, es decir, una negación de la sexualidad. Si bien la visión femenina respecto a una cultura desconocida, por su tendencia en parte no convencional y con rótulo científico, abre constantemente nuevos espacios experimentales y cognoscitivos; estos espacios se mantienen, sin embargo, al nivel de pura excepción. La disposición investigadora femenina apunta definitivamente, tanto en Peggy Golde como en Elenore Smith Bowen, a una negación de la sexualidad e infantilización de los sujetos de la investigación y a una negación de la sexualidad de la investigadora, con lo que los sujetos de la investigación en este proceso pierden, sí,

³¹ Elenore Smith Bowen:311



su peligrosidad, pero al mismo tiempo también su sexualidad. Es decir, que no es posible mantener sistemáticamente la capacidad específica femenina de alcanzar un aprendizaje cognoscitivo-sensorial. Esta capacidad surge en realidad inconstantemente y de manera casual, mientras ni siquiera se osa intentar como meta desarmar ese camino de aprendizaje. Se le ha impuesto la tendencia a asexualizar, ignorando la sensualidad corporal como instrumento de aprendizaje y la utopía de un aprendizaje sensorio-cognoscitivo, hecho éste posible de demostrar con base en otros estudios y también en mis propias experiencias de investigaciones de campo.

A fin de resaltar en su singularidad estas estrategias de investigación y aprendizaje especialmente femeninas, y delimitarlas de la forma de investigación y aprendizaje tradicional patriarcal, quiero contrastar nuevamente estas experiencias femeninas con una experiencia de investigación masculina. Se trata aquí de las experiencias de Nigel Barley, etnólogo británico que hizo furor, al menos en Alemania, con sus libros (entre otros *Traumatische Tropen* y *Die Raupenplage*)³² y, entretanto, es considerado como la estrella indiscutible entre los etnólogos británicos.

Un héroe en su trabajo
Las experiencias de investigación
de Nigel Barley en África

Aun antes de emprender su viaje de investigación, Nigel Barley jugaba mucho con su imaginación respecto a lo desconocido y a su investigación en una cultura para él ignota. “No era de ninguna manera fácil decidir si esta investigación de campo era una obligación desagradable comparable con el servicio militar, que fuera mejor llevar a cabo sin mucho aspaviento, o se trataba de un privilegio ante el cual cada etnólogo debía sentirse agradecido. Los puntos de vista de los colegas no ofrecían en esto mayor ayuda. La mayoría de ellos habían tenido suficiente tiempo para cubrir sus experiencias al res-

³² Nigel Barley, 1991: *Traumatische Tropen. Notizen aus meiner Lemh,tte*. Stuttgart. Y 1993: *Die Raupenplage*. Von einem, der auszog. Ethnologie zu betreiben. Stuttgart.

pecto con el tinte rosado de una aventura romántica. El hecho concreto de haber ya realizado anteriormente investigaciones de campo es algo así como un pase libre para fastidiar a los que lo rodean. Los amigos y parientes se sienten casi desilusionados si cada paso, desde el lavar la ropa hasta el tratar un resfrío, no se sazona con los condimentos de la reminiscencia etnográfica. Las historias viejas se vuelven buenas amigas y pronto no queda otra cosa más que la maravillosa época de la investigación de campo, en la que se encuentran, a lo más, aisladas erupciones de una insuperable miseria imposible de olvidar o de hacer desaparecer frente a la euforia general. Yo tuve, por ejemplo, un colega que aparentemente pasó épocas maravillosas con nativos amistosos y alegres que le obsequiaban constantemente canastos con frutas y flores. Mas la cronología interna de su estadia aparecía en expresiones como las siguientes: 'Esto pasó después que yo sufrí una intoxicación' o 'Yo no podía entonces caminar con firmeza porque aún tenía abscesos entre los dedos de los pies'. Quedaba la impresión de que toda esa historia era como aquellos recuerdos de guerra en los que, contra la propia convicción, se comienza a lamentar que en esa época aún no se había nacido".³³

Respecto a la investigación en un lugar desconocido se le ocurre a Barley un gran panorama de metáforas que oscilan entre la guerra y el paraíso, los abscesos y las flores, las intoxicaciones y los nativos alegres y erupciones de una insuperable miseria y épocas maravillosas.

Llama empero la atención que los relatos sobre el paraíso, las flores, los nativos alegres y las épocas maravillosas surgen después de su regreso al seno de la familia y a sus amigos íntimos y sirven sobre todo para olvidar los abscesos, las intoxicaciones y las insuperables desgracias.

A aquéllos que regresan del frente de batalla, estas desgracias insuperables les traen recuerdos de la guerra en muchos sentidos, recuerdos que se relacionan con privación, miseria, intoxicación y abscesos. Para superar esto sólo se cuenta con los recuerdos de los

33 Nigel Barley 1991: 8



experimentados veteranos del frente de la investigación de campo. En este sentido, el consuelo de la unión masculina parece conocer en lo esencial un medio contra la desgracia del recuerdo: la heroización posterior. De esta manera, la miseria se convierte en una época maravillosa adorada por todos aquéllos que participaron de ella.

Las escenas de guerra asociadas con la investigación de campo expresan una amenaza poderosa que culmina con la idea que incluso la vida del investigador de campo está en riesgo, como si esta aventura fuera incluso un juego mortal. En todo caso, la investigación de campo es relacionada con un viaje hacia el país del enemigo y con el peligro allí acechante. Es más, en las escenas se destacan los horrores de lo finito del cuerpo y de las heridas del cuerpo: el veneno causa estragos en los intestinos y la pus brota de entre los dedos de los pies. Son escenas llenas de horrosos miedos que hablan del temor de una destrucción interna y de un daño exterior. Ellas expresan, como grito que pide auxilio, la sensación de pequeñez e impotencia frente a las fuerzas salvajes e imprevisibles de esa campaña de guerra. Como defensa ante esos poderosos sentimientos de impotencia se levanta una artillería no menos poderosa: si no es posible olvidar totalmente esta inesperable desgracia o hacerla desaparecer en el marco de la euforia general, entonces es evidente que sólo ayuda la transfiguración al seno de los fieles de la alianza masculina. Solamente de la unión con compañeros de desgracia masculinos parece crecer la fuerza para superar la desgracia insuperable. Para ello se usa la estrategia de la inversión, que aquí florece verdaderamente según el tan conocido dicho: lo que no nos mata nos fortalece.

Ya en estas primeras asociaciones respecto a la investigación en una cultura desconocida se esboza una estrategia de superación que se mantiene constante a lo largo de los relatos de Barley. En la investigación de campo, de lo que se trata es de una batalla de guerra, de una lucha a muerte, de una experiencia de impotencia, anticipada a través de escenas que amedrentan, las que —y esto parece ser lo realmente a temer— están totalmente fuera de su control. Frente a estas escenas de miedo, poderosas y destructivas, sólo ayuda el escape hacia fantasías heroicas, en las que pareciera romperse el hechizo del

miedo, que la desgracia fuera superada y que en la tierra solamente existieran épocas maravillosas y nativos alegres. En tanto “etnólogo marcado por muchas batallas”, él puede sentirse, si bien “solitario”, de todas maneras “Heros”.³⁴

Con muchas similitudes con Peggy Golde y Elenore Smith Bowen, también Nigel Barley fantasea lo desconocido primero como falta de seguridad y protección, como pérdida del cuidado maternal. Y como ellas se siente él desvalidamente entregado a los sentimientos de impotencia. Mas contrariamente a las dos investigadoras, esto moviliza en él fantasías llenas de agresividad y destrucción. Contra este peligro puede defenderse sólo a través de una autovaloración mágica. Esto está descrito en la siguiente escena con mucha claridad:

Un día llega al pueblo un guardia civil para entregarle a Barley una “convocatoria”. A su llegada al país había recibido solamente una visa por tiempo limitado que en ese momento ya estaba caduca. El viaja a la ciudad para ir donde el subprefecto, donde se le prolonga la visa sin problemas: “Yo balbuceé las debidas palabras de agradecimiento. “Por nada. Y además, mañana temprano iré con el auto a la ciudad. Si usted desea, lo llevaré gustoso”...

En lugar de la temida deportación en cadenas se me ofreció finalmente un viaje en auto con chofer. Un cambio tan radical de sensaciones provoca fuertes emociones. Los etnólogos tienen aparentemente la característica de poseer, en lo que respecta a sus emociones, una caja de cambios adicional con la cual, frente a situaciones de frustración y contratiempos, pueden pasar a una velocidad inferior. Con ello se colocan en un estado de muerte artificial que va acompañada de una absoluta carencia de sensaciones. En este estado, los investigadores de campo logran tal frialdad ante las catástrofes más terribles o ante la acumulación de pequeñas incomodidades, que los amigos y parientes, que los tienen por personas enérgicas y decididas, quedarían atónitos.

Con la misma serenidad recibí, mientras viajábamos a toda velocidad, las venias de los policías que se encontraban al borde de las

³⁴ Ibid: 57



veredas. No tuve que pasar por los normales controles de documentos. En esta situación recordé naturalmente algunas historias de mi niñez, que relataban sobre personas vanidosas que enfrentaban su suerte mientras portaban en el bolsillo la orden de su propia ejecución. Hasta el momento en que llegamos a la ciudad logré saludar con actitud de total benevolencia a aquéllos que se encontraban a la orilla del camino, y comencé a creer que ya conocía los trucos de la burocracia africana”.³⁵

También en esta escena se repite una extrañamente tensa relación de momentos entre la temida deportación en cadenas, pasando por una muerte aparente acompañada de una ausencia total de sensaciones, hasta la imagen de la persona vanidosa que, con la orden de su propia ejecución en el bolsillo, enfrenta su suerte para, finalmente triunfante, encontrarse segura y vencedora en la imagen del rey benevolente que saluda a sus vasallos.

Son metáforas referentes a la esclavitud, la destrucción, las ejecuciones y la guerra (la convocatoria para presentarse ante la guardia civil), en una palabra, la muerte y la crueldad terrible. A esto se le suman la falta de sentimientos y una paralización general de los sentidos, un entumecimiento que lo coloca como ante una muerte aparente y le adelanta el sabor de estar remitido a la cercana muerte. La sensación de estar totalmente a merced de la arbitrariedad de la burocracia africana destruye toda su energía, elimina de un solo golpe toda su capacidad de decisión. Sólo queda un cúmulo de miseria, un hombre en el camino hacia su propia ejecución, un muerto aparente dominado por su miedo, el que ha perdido totalmente su sentido de la realidad y al que ni siquiera la palabra le responde.

Y entonces, la amabilidad inesperada del subprefecto borra todas las fantasías de muerte, lo libera de las mazmorras de su miedo y lo conduce directamente al reino de los cielos, al trono, dándole el papel de un rey benevolente que saluda a sus vasallos.

Es como un cuento de hadas, apenas se encontraba acongojado de muerte cuando de pronto aparece en un absoluto júbilo.

³⁵ Ibid 1993: 69.

Las fantasías de poder y grandeza suceden a la sensación de impotencia, las que desaparecen totalmente en su euforia de haber salido ganador en esta batalla.

También aquí se verá superada la impotencia vivida como destructora y puesta a la altura de angustias mortales, al verse salvado por la idea triunfal de ser un rey que es paseado por la ciudad por su chofer y que saluda benévolutamente a sus vasallos. A través de esta fantasía de poder recupera su antigua confianza en sí mismo, los africanos pierden su carácter amenazador y son degradados a la categoría de vasallos aplicados y sumisos, que lo saludan con benevolencia en lugar de deportarlo en cadenas.

También en Barley aparecen, como en Golde y Smith Bown, los miedos, la soledad y las fantasías de estar abandonado, cuando se trata de la investigación en una cultura desconocida. Pero Barley no vive lo desconocido que lo amenaza en tanto experiencia de violación, sino como experiencia de guerra. En esa experiencia sus miedos aparecen con mayor masividad que en Golde y Smith Bowen. Al contrario que ellas, él no siente ni tristeza ni dolor, sino solamente parálisis y entumecimiento. Él se siente como si estuviera muerto y, como tal, todas las sensaciones, toda la sensorialidad se encuentran paralizadas, incluso el pensamiento queda interrumpido. En ese estado se cierra el camino cognoscitivo, ya que para el investigador es imposible realizar su tarea sobre los sujetos que siente amenazantes. Sólo como rey entra en acción la percepción de lo desconocido, por cierto que ahora los ve sólo y exclusivamente como vasallos.

Este papel de rey es extremadamente inestable y disminuye por momentos ante el encuentro con las mujeres africanas. Barley escribe: "Ante el afeminado modelo masculino europeo, muchos hombres tomaron la costumbre de usar pequeñas carteras, en las que portan los documentos que por ley han de llevar siempre consigo. Aparentemente existen bandas de mujeres africanas de gran estatura que convirtieron las calles en un peligro, utilizando el anochecer para arrancarles sus carteras a aquellos hombres que caminan solos, golpeando brutalmente a los que se atreven a resistir. Esto es algo posible de creer. En África existen hombres y mujeres de extraordinaria



fortaleza física, consecuencia de un constante trabajo físico duro y una alimentación escasa en proteínas. Las angostas camisas provenientes de países occidentales parecen hechas para enanos en relación con las dimensiones de la caja torácica de la población del sur de Camerún. Con una sensación de alivio pagué mi cuenta de hotel, me despedí mentalmente de la música africana que suena en los altavoces noche y día y caminé por última vez por las calles de las prostitutas. Esas mujeres han de ser las representantes más molestas entre sus colegas que yo haya visto alguna vez. Su forma usual generalizada de acercamiento consiste simplemente en allegarse hasta el hombre por ellas elegido y echarle un manotazo atornillado entre las piernas”.³⁶

Lejos de sentirse como rey, aparece aquí un enano que camina entre filas de enormes mujeres africanas mientras ha de temer la pérdida de su masculinidad. Como hombre siente el encuentro con esas mujeres africanas como una amenaza de castración, en tanto su masculinidad se contrae al tamaño de un enano.

Su mayor experiencia exitosa se dio cuando en una oportunidad repelió a una prostituta molesta diciéndole que él era un misionero. Él relata que esa historia fue muy aceptada entre los Dowayos (el pueblo donde él hacía su investigación E:R:) y por las noches, cuando nos sentábamos alrededor del fuego... era contada frecuentemente... Con ayuda de mi asistente ensayé sus palabras y... mis oyentes lloraban y rodaban de risa.³⁷

Si ya como enano no pudo vencer ante las enormes mujeres africanas, al menos como misionero y finalmente también como etnólogo, en tanto el triunfo sobre la mujer, envuelto en una historia, lleva a una diversión general, y la capacidad de relatar cuentos demuestra sus facultades intelectuales.

En esta historia aparece un claro paralelo con las historias de guerra: la miseria vivida, la vergüenza, el desamparo y la ira impotente se transforman, al contarlas, en historias que provocan risa y hacen que esta historia aumente la fama del autor, el único y verda-

³⁶ Ibid 1991:28.

³⁷ Ibid: 55.

dero héroe de la historia. De esta manera se vence la vergüenza, se olvida la propia impotencia y se hace “olvidar en medio de la euforia general”³⁸ la amenaza de la sexualidad femenina.

Al contrario que las vivencias de las investigadoras femeninas, Barley teme, en el encuentro con lo desconocido, no la violación, sino la castración; no la herida, sino la pérdida de su masculinidad. Tal amenaza explica la fuga hacia el papel de un rey o de un héroe, ya que como enano no cambiará mucho la desgracia, solamente la agrandaré un poco.

Ese oscilar entre la fantasía de ser un enano castrado o un rey heroico es evidentemente un ejemplo básico de sus vivencias, ya que todas las escenas del libro están estructuradas con base en ese ejemplo.

Por cierto que llama la atención que Barley, como Golde y Smith Bowen, viven el encuentro con lo desconocido como una agresividad sexual y los tres responden como reacción a eso anulando su propia sexualidad. Los tres tienen en común que enlazan estas ideas, por un lado, con fantasías de inferioridad y, por otro lado, con fantasías de una omnipotencia absoluta. Mas durante el desarrollo de las relaciones de investigación, los interlocutores son infantilizados por las investigadoras femeninas mientras que Barley, por lo contrario, los sexualiza, inclusive los convierte en monstruos sexuales y finalmente en vasallos sumisos. Barley no le da a la relación entre el investigador y los investigados, como lo hace Smith Bowen y en ocasiones también Golde, la forma de una relación del tipo madre-hijo, sino que la organiza como relación de dominación. Por ello sólo es pertinente cuando Barley mantiene la división rígida entre la sensualidad y la razón, ya que es justamente (aceptemos) la burda sensualidad de los africanos lo que le molesta y lo hace convertirse en enano. Fuera del papel de rey o de héroe, él no encuentra otra posición que le sirva para emprender en forma segura y sin peligros la aventura del descubrimiento de lo desconocido, le queda cerrada la entrada sensorial a su investigación como también la sensorialidad cognoscitiva. Por lo contrario, las mujeres encuentran a través de su carácter maternal,

³⁸ Ibid: 8.

es decir, en el papel de una amiga, una salida al dilema, con lo que ellas, si bien tampoco lo logran sin una infantilización y una negación de la sexualidad general, pueden sobrevivir como investigadoras —a diferencia de Barley— sin necesidad de dominación. Y en momentos de lucidez pueden —a diferencia de Barley— utilizar la sensualidad de su trabajo para sus fines cognoscitivos.

Conclusiones

En las estrategias de investigación de las dos investigadoras se evidencian ejemplos típicos del trabajo femenino. Las relaciones y los deseos de relación adquieren, también en la investigación dentro del marco de una cultura desconocida, un papel primordial; están tan entrelazados con el trabajo mismo que es imposible imaginar el trabajo o su realización sin relaciones. Allí donde se intenta separarlos surgen inevitablemente conflictos. La razón disputa con la sensibilidad del cuerpo.

Mas en casos excepcionales se logra una síntesis y de la sensibilidad de lo vivido se desarrollan el entendimiento y el conocimiento. Sin embargo, esta forma de adquirir conocimiento desaparece en el curso de la investigación, como si no pudiera o debiera ser utilizada sistemáticamente como camino específicamente femenino hacia la percepción y el conocimiento. En lugar de eso se niega la femineidad, lo que en definitiva acaba en la infantilización de lo desconocido y la negación de la sexualidad de la investigadora y del desconocido. La relación de investigación misma se transforma íntimamente en una relación madre-hijo, con lo que la sexualidad desaparece del trabajo de investigación. Es también esta dimensión y esta temática de la sexualidad lo que falta en muchos estudios antropológicos realizados por mujeres. Aunque las mujeres dedicadas a la ciencia tampoco quieran o puedan separar el trabajo de la afectividad, tienden definitivamente a negar su afectividad y, con ello, también su propia sensorialidad y su especial competencia científica. Por lo contrario, para Barley, el trabajo y la afectividad se encuentran totalmente separados uno de otro, aunque esta separación rígida no sea posible

de mantener. La afectividad surge en forma de un enorme miedo y agresividad que, en última instancia, se deforma hacia la imagen de un monstruo sexual africano. Con ello, la percepción sensitiva del investigador se ve por momentos paralizada y por momentos ahogada en los heroicos sentimientos de triunfo, pero no puede nunca llegar a ser utilizada como instrumento cognoscitivo. Así deja de lado en su estudio científico esta dimensión vivencial y perspectiva y, con ello, también la dimensión cognoscitiva. Su estudio se convierte inevitablemente también en un estudio de dominación en el que el investigador, en el papel del héroe y rey triunfador y valiente que supera todos los peligros, no ve más delante suyo al africano, sino solamente a sus vasallos, es decir, objetos.

Se establece un criterio científico patriarcal que subsiste sin comprensión sensorial y que solamente puede entablar relación con objetos (y no con sujetos). ¿Es esta forma científica patriarcal quizás también tan exitosa porque atrae latentemente siempre con la promesa que el conocimiento es la recompensa obtenida por un héroe victorioso?

Basándonos en la tesis de la investigación sobre la mujer, y especialmente en las tesis formuladas por Nancy Chodorow y Carol Gilligan, es posible llegar a la conclusión que este comportamiento dentro de la investigación, específico para cada sexo, tiene que ver con las diferentes experiencias de socialización respectivas para hombres y mujeres. Ya que, como lo anota entre otros Gilligan, las niñas desarrollan, con base en su constante identificación con la madre, una base empática integrada en su autoimagen primaria, lo que a los niños varones les falta debido a su temprana separación de la madre. Para los niños varones, “la separación y la individualidad están decididamente unidas a la identidad sexual, ya que la separación de la madre es la condición previa decisiva para el desarrollo de la masculinidad. Para las niñas y las mujeres, el desarrollo de la femineidad o de la identidad femenina no depende de una completa separación de la madre o del desarrollo de su individualidad”.³⁹ La forma-

³⁹Véase: Carol Gilligan 1988:17.



ción de una identidad sexual femenina se basa sobre todo en la identificación con la madre, que es de su mismo sexo. Por eso las niñas se sienten desde su primera infancia menos diferentes que los varones, “con una referencia más continuada y unida al mundo de los objetos exteriores como también diferente de su propio mundo de objetos interiores”.⁴⁰ Esto tiene consecuencias biográficas a largo plazo para la identidad de hombres y mujeres. “Ya que la masculinidad se define por la separación, y la femineidad por la unión, la identidad del género masculino se ve amenazada por la intimidad, mientras que la identidad del género femenino se ve amenazada por la separación. Los hombres tienen por ello dificultades respecto a las relaciones, mientras que las mujeres las tienen respecto a la individualidad”.⁴¹

Esto queda demostrado también en la actitud investigadora de hombres y mujeres. La forma femenina de investigar tiene por lo menos dos marcadas virtudes: ella tiene, en su actuar, la excepcional capacidad de reconocer, sobre todo tomar en cuenta los aspectos emocionales de la investigación, los que, en el marco de una investigación masculina, llegan a la conciencia solamente como amenaza. Y además ella no está obligada básicamente a dividir las posibilidades cognoscitivas separándolas de su afectividad. Pero esta forma de investigar tiene también sus inconvenientes, ya que el admitir más sentimientos significa indefectiblemente caer con más frecuencia en conflictos que hacen peligrar la investigación, y representan también una carga emocional para la investigadora. A diferencia de los hombres, las mujeres encuentran caminos y posibilidades para soportar de otra manera, y yo creo también que, de una manera mejor, estas cargas surgidas de la soledad, los sentimientos de abandono, los miedos y las amenazas. Su relación con la madre, marcada por la continuidad y una simbiosis de larga duración, le entrega a la mujer una estabilidad psíquica y una seguridad que a los hombres les falta. Por eso pueden recurrir en su interior, en situaciones de emergencia, a un objeto maternal. Si bien han de temer la pérdida de su sexualidad no necesitan temer la pérdida de su identidad femenina, ya que ésta se

⁴⁰ Véase: Nancy Chodorow, 1978:217.

⁴¹ Véase: Carol Gilligan:17.

mantiene por medio de identificaciones maternas. Para los hombres, a consecuencia de su temprana separación de la madre, es imposible, en situaciones con carga emocional, lograr una identificación con un objeto maternal. Es así que en mi opinión existe, completando las tesis de Gilligan y Chodorow, una amenaza para los hombres cuando esta separación no se puede mantener más y surge la amenaza de una confrontación con la soledad y el abandono. Porque entonces surgen miedos enormes de mujeres que los tragan y de una completa pérdida de la sexualidad y de la masculinidad. Así se explica entonces la enorme diferencia entre los investigadores masculinos y femeninos. Mientras que las mujeres tienen la posibilidad de consolarse a sí mismas en su desamparo, es decir, encontrar seguridad en la identificación con el objeto maternal internalizado, esta posibilidad no la tienen los hombres. Ellos enfrentan el miedo a una completa destrucción de su identidad con el escape hacia fantasías de dominación, mientras que estas fantasías son en realidad tan inestables que necesitan de una constante reescenificación para alcanzar una determinada estabilidad. Las mujeres pueden contar con campos cognoscitivos más amplios mientras que los hombres, y con ello también la comunidad científica, tienden a ver el estudio de dominación como el único de relevancia. ☹